

III.

Ven, y mi mente con tu soplo inspira;
No repares, oh génio!... la bajeza
Del que la gloria de su patria admira
Y osa cantar su fúlgida grandeza.
Pobre es el eco de mi tosca lira;
Grande de Astapa la inmortal proeza,
De la que España guarda la memoria
En el eterno libro de su historia.

IV.

Fuerte era Roma; el águila arrogante
Desde el Tiber su vuelo levantando,
Sobre los pueblos se lanzó gigante
Al mundo entre sus garras apresando.
Respetada doquier, doquier triunfante
Con sangre su carrera señalando,
Llevara del Ocaso hasta el Oriente
El nombre de su raza omnipotente.

V.

Y callaban las miserables naciones
Bajo su carro triunfador cayendo,
Los mantos de sus reyes, en girones
De Roma altiva ante las plantas viendo.
Fama eternal sus fuertes campeones
Conquistaban intrépidos venciendo,
Y á su frente ceñiales la gloria
El sangriento laurel de la victoria.

VIII

¿Y quién su vuelo contener pudiera?
 ¿Quién resiste del mundo á la señora?
 Si la fortuna síguele, doquiera,
 Si pujante se eleva y vencedora?
 ¡Oh! dejad que prosiga su carrera
 Entre escombros y sangre triunfadora:
 Mas un pueblo resiste á sus legiones
 Al águila oponiendo sus leones.

VII.

Un pueblo invicto que morir sabía
 Por esclavo no ser del extranjero,
 Y que allá en sus montañas defendía
 Su noble hogar desesperado y fiero:
 Que de Roma á las haces oponía
 El animoso corazón ibero;
 ¡España!... ¡España en fin!... que al heroísmo
 En las alas se alzó del patriotismo.

VIII.

Donde crecen bellisimas las flores
 Con su aroma las brisas perfumando,
 Donde gimen arroyos bullidores
 Oro al par de sus olas arrastrando;
 El sol derrama allí sus resplandores
 Feracisimos valles alumbrando:
 Puro es su mar, brillantes sus estrellas,
 Fuertes sus hombres, sus mugeres bellas.

IX.

Contemplaron de Iberia la hermosura: Y
 Los pueblos que en el mundo dominaban,
 Y sobre su riquísima llanura
 Como tigres hambrientos se arrojaban:
 El terror esparciendo y la pavora,
 Sus colinas y prados assolaban,
 Causando en ellos destructor estrago
 Los hijos de Fenicia y de Cartago.

X.

Y Cartago y Fenicia sucumbieron
 Bajo el hierro fatal de sus rivales,
 Y otros nuevos ejércitos cayeron
 En los bosques de Iberia virginales:
 Sus fértiles campiñas recorrieron
 Tras las egregias águilas triunfales,
 Que sobre ellas lanzáronse ambiciosas
 Las legiones de Roma poderosas.

XI.

Mas ¡ay! que los iberos valerosos
 Con desnudo sin par se defendían,
 Con su sangre regando generosos
 La tierra donde bravos sucumbían.
 De sus nevados montes escabrosos
 Inespugnable fortaleza hacían,
 Oponiendo á los dardos acerados
 Fuerte muro de pechos esforzados.

XII.

Y por su audaz y denodado arrojo
 Admirados serán de las naciones,
 Que en Iberia dejaron por despojo
 Sus marchitos laureles y pendones:
 Su verde suelo se tornára en rojo
 Con la sangre de estraños escuadrones,
 Que por oro y por gloria combatian
 Y sin oro y sin gloria sucumbian.

XIII.

En los valles de Bética hechicera
 Adornados de juncos y espadaña,
 Corre el Genil besando la pradera
 Que con sus aguas trasparentes baña;
 Y sobre su bellisima ribera
 Allá hácia el fin de la guerrera España,
 Modesta levantábase y sencilla
 Coronando un cerrillo, noble villa.

XIV.

Astapa se nombraba; y arrogantes
 De sobriedad y de virtud modelo,
 Eran los vigorosos habitantes
 De aquel florido y delicioso suelo;
 Fieles, altivos, de su patria amantes
 En quien cifraban su constante anhelo,
 De Cartago leales aliados
 A la defensa estaban preparados.

XV.

Que ya sus campos, su fecunda tierra,
De Roma los ejércitos talaban,
Y con ciego furor en son de guerra
Sobre la insigne villa se arrojaban:
Mas á sus hijos ínclitos no aterra
El confuso fragor que levantaban,
Bosques, pueblos, praderas asolando,
Y ciudades y templos incendiando.

XVI.

Ya de Europa los fuertes vencedores
Ébrios de orgullo y de ambicion, creían
Que de Iberia los libres moradores
Sus carrozas triunfales seguirían.
Y nuevos siervos de que ser Señores,
Nuevas conquistas en Astapa vian,
Y lanzaron sobre ella sus corceles
Sedientos de botin y de laureles.

XVII.

Y los débiles muros despreciaba
De Astapa humilde el vencedor soldado,
Que quizás en sus triunfos olvidaba
La grandeza de un pueblo denodado.
Del pueblo donde un hombre descollaba
De corazon valiente y esforzado,
De alma grande, de espíritu altanero,
Digno dechado del honor ibero.

XVIII.

Noble es su porte; su virtud severa
 Que jamás se doblega ni se humilla,
 El alto puesto conquistar le hiciera
 Do respetado y poderoso brilla.
 Nombrábase *Vetulio*, y fuerte era
 Gefe supremo de la heroica villa:
 Y así á los suyos animoso hablaba
 Mientras el enemigo amenazaba:

XIX.

—«¡Oh de Astapa valientes ciudadanos!...
 ¡Nobles hijos de Iberia!..., ¿sufrireis
 Que en la villa penetren los tiranos?
 Vuestros nobles hogares dejareis?
 ¿Bajo el yugo cruel de los Romanos
 Las altivas cervices doblareis?
 ¿Arrollados serán vuestros pendones
 Del soberbio invasor por las legiones?

XX.

No lo quieran los dioses inmortales:
 Mientras un solo corazón aliente,
 No ha de entonar sus cánticos triunfales
 En nuestra tierra la estrangera gente.
 Antes la patria nos verá leales
 Morir dichosos sin doblar la frente,
 Que no tolera nuestro pueblo bravo
 Las cadenas infames del esclavo.

XXI.

Muchos son, escuchad como adelantan,
 Con sus huestes cubriendo la llanura,
 Ya alaridos de júbilo levantan
 Despreciando de Astapa la bravura.
 Mas á pechos magnánimos no espantan
 Los roncos gritos de su gente impura,
 Y antes que abandonemos nuestros lares,
 Sepulcros nos darán nuestros hogares.

XXII.

Sí, venceremos, en los dioses fio:
 Mas si el hado nos niega la victoria,
 Nunca desmaye nuestro noble brio;
 Siempre nos queda de morir la gloria:
 También al borde del sepulcro umbrío
 Crece noble el laurel, y la memoria
 No perece jamás del pueblo fuerte:
 ¡Libres ó muertos: ó victoria ó muerte!...»

XXIII.

«Victoria ó muerte:» bravos repitieron
 De Astapa los ilustres moradores,
 Y sus armas indómitas blandieron
 Contra los dominantes opresores.
 En lanzas sus arados convirtieron,
 Tornáronse guerreros los pastores,
 Y presto de fortísimos soldados
 Halláronse los muros coronados.

XXIV.

¡Guerra! ¡venganza! en su vejez penosa
Débil anciano con furor gritaba:
¡Guerra! clamaba la doncella hermosa
Que valor á los héroes inspiraba:
¡Guerra! el mancebo de alma generosa
Que por su patria sucumbir juraba.
«¡Guerra!» tan solo por doquier se oía.....
¡Guerra!... el eco lejano repetía.

XXV.

Y el águila de Roma que altanera
Entre rojos laureles arrogante
El órbe victoriosa recorriera
De naciones beligeras triunfante,
Hoy su vuelo orgullosa detuviera
De muralla humildísima delante,
Que está el fuerte ignorado defendido
Por el valor de un pueblo decidido.

XXVI.

Terrible el cerco fuera; ya espantosa
En la ciudad el hambre aparecía,
Y la pálida muerte tenebrosa
Sus negras alas por doquier tendía:
Ya la tímida virgen candorosa
Cual el débil anciano sucumbía,
Mas todos á la patria que adoraban
El último suspiro consagraban.

XXVII.

Vetulio con sus bravos campeones
Lanzábase feroz á los Romanos,
Y en su sangre cual núbidos leones,
Vengaran á sus míseros hermanos.
Y luchaban de Marcio las legiones
Allí con los intrépidos Hispanos,
Que al fin tras sus murallas se acogian
Donde esforzados por su honor morian.

.....

XXVIII.

Es una noche lánguida y callada;
Aduérmese la tierra silenciosa,
Y suspira el Genil en la enramada
Arrastrando su linfa pegajosa.
Vierte sobre los campos plateada
Su casta lumbre la nocturna diosa,
Y acarician los céfiros alados
De las flores los cálices cerrados.

XXIX.

Del astro de la noche á la luz pura
Distinguese el Romano campamento,
Cuyas tiendas inundan la llanura,
Cuyos pendones agitára el viento.
Y de la villa sobre humilde altura
Baña su luz el muro ceniciento,
En el cual vigilante centinela
Apercibido de sus armas vela.

XXX.

Y tan solo el silencio interrumpia
Que reinaba en el valle temeroso,
Del soldado la voz, que defendia
Las trincheras ó el muro valeroso:
Del ave de la noche, que tendia
Sus negras alas, el graznar medroso;
Del rui señor el cántico doliente,
Y el monótono son de la corriente.

XXXI.

Mas cuando luce la naciente aurora
Y alegre la pradera se engalana,
Cuando Febo su frente brilladora
Tras el otero levantando ufana
Pueblos, trincheras y campiña dorada
Con el vivo fulgor de la mañana,
De Roma los pendones arrollados
Fueron por los de Astapa despechados.

XXXII.

Como de lava asolador torrente
Que ciudades y bosques destruyera;
Cual el simún que en el desierto ardiente
Oasis y caravanas confundiera;
Cual rio que desbórdase rugiente
Y el valle inunda en su véloz carrera,
Sobre el Romano intrépidos cayeron,
Y sus flechas el sol oscurecieron.

XXXIII.

Ya sedientos de sangre y de matanza
Los Latinos su enseña levantaron,
Y entre gritos de guerra y de venganza
A la lid espantosa se arrojaron:
Y al duro bote de la fuerte lanza
Guerreros y caballos derrumbaron,
Como en otoño, destructor, violento,
Las mústias hojas desparrama el viento.

XXXIV.

El genio de la guerra pavoroso
Odio en los pechos con su aliento enciende,
Y el esterminio síguele gozoso;
El esterminio, que sus alas tiende
Sobre el campo fatal, donde espantoso
De la batalla entre el fragor descende,
Ayes, quejas, lamentos arrancando
Y sepulturas hórridas cavando.

XXXV.

¡Cuánto horror! Cuánta sangre! peleaban
De Astapa los heróicos campeones
Con invicta bravura, y se inmolaban
Por su patria con fuertes corazones.
¡Mas ay! que los Romanos avanzaban
Hasta el muro llevando sus legiones,
Do arrogantes aun, en su agonía,
Un puñado de iberos resistía.

XXXVI.

Allí, á Vetulio, el triunfador insano
La rendicion intímale orgulloso:
Y el denodado Capitan Hispano
Lanza sobre los suyos animoso
Sublime una mirada; y al Romano
Contesta con acento vigoroso,
Con elocuente voz aterradora,
De todo un pueblo en la postrera hora.

XXXVII.

«¡Nunca, Marcio! Con honra moriremos
En este suelo que nacer nos viera;
Solo sangre y escombros os daremos,
Donde pueda ondear vuestra bandera.
Vencidos, sí, rendidos no seremos
Ni cautivos del águila estrangera,
Que aun queda en nuestros pechos heroismo
Para inmortalizar nuestro civismo.

XXXVIII.

De los de Astapa las cansadas voces,
«¡Muerte ó victoria!» débiles clamaron:
Los romanos ejércitos feroces
Ronco alarido de furor lanzaron;
Y á la villa magnánima veloces
Cual lobos á su presa se arrojaron,
Y en la villa sus hijos resistieron
Y de sangre sus plazas se cubrieron.

XXXIX.

Mas de subito horrible reluciera
 Fulgor siniestro que la lid colora;
 Es la llama terrible de una hoguera
 Que tesoros y alcazares devora.
 Astapa en su despecho la encendiera,
 Y al seno de la pira aterradora,
 El yugo por huir que detestaban,
 Ancianos y mugeres se arrojaban.

XL.

Y el doloroso grito lastimero
 Del que en la pira exánime moria,
 El último suspiro del guerrero
 Que en aras de la patria sucumbia;
 El lúgubre chasquido del acero,
 El hogar derrumbado que caía,
 Terrorífico cuadro presentara
 Que al mismo vencedor horrorizara.

XLI.

Crece el fuego, la hoguera centellea;
 Y ya de Astapa el inmortal soldado,
 Inútil contemplando la pelea
 En su centro se arroja denodado.
 Brilla la llama que terrible humea;
 Goza Roma su triunfo malhadado,
 Y desplómase el templo demolido
 En ceniza y escombros convertido.

XLII.

Un hombre solo entre el horrible estruendo
Resistía con ínclita bravura,
Por sus heridas, cálido, vertiendo
Ancho torrente de su sangre pura:
Era Vetulio, que á su patria viendo
Convertirse en esclava sin ventura,
Triste suspiro por Astapa diera,
Y con sus armas se lanzó en la hoguera.

XLIII.

Y cuando el humo denso se esparcía
Y en la atmósfera azul se disipaba,
La sombra de Vetulio aparecía
Que el génio de la gloria coronaba.
El ángel de la guerra sonreía
Mientras el ángel de la paz lloraba,
Y el eco de la fama en son profundo,
Un nombre más proclama por el mundo.

XLIV.

Todo acabó; los fieros vencedores,
Al fin gozosos en Astapa entraron,
Donde impíos, sus carros triunfadores,
Cenizas y cadáveres hollaron.
¡Mas ay! que entre los libres moradores
Ni tesoros ni siervos encontraron;
Que solo sobre escombros y ruinas,
Cerniéronse las águilas latinas.

.....

XLV.

Venid, génios; venid; y en almo coro,
Del fuerte Ibero coronad la frente,
Que no sufre mancilla ni desdoro,
Que no se humilla ante la estraña gente:
Venid, y en vuestras cítaras de oro
Cantad ¡oh génios! su heroismo ardiente:
Cantad sublimes tan insigne hazaña;
Cantad la gloria de mi grande España. (1)



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ABEN-AMAR ARRAMEDE.

TRADICION HISTÓRICA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalite
CONSEJERÍA DE CULTURA

SIGLO X.



JUNTA DE ANDALUCÍA

I.

MEDINA-AZ-ZAHRA.

¿Son ilusión los mágicos alcázares
Que nos pintan las árabes leyendas?
¿Son un sueño los fúlgidos pensiles
De blancos génios y de sílfes bellas?

¡Ah, no! que existe una ciudad divina
Que rosas embalsaman y azucenas,
Cuyos piés bate susurrando el Betis,
Cuyos palacios cubren las palmeras.

Y entre bosques de mirtos y naranjos
Allá en la falda de su verde sierra,
Cual caprichoso pabellon de hadas
Alcázar bello sin igual se eleva.

Mármoles cubren sus estancias ricas,
Pintorescos vergeles le rodean,
Donde las fuentes de alabastro lucen,
Donde exhalan su aroma las violetas.

Sobre él levanta colosal y agreste
Su encantadora cúspide la sierra,
Y á sus piés yace sobre fértil llano
Con sus jardines Córdoba la bella.

¡Córdoba, la Sultana de Occidente!
¡En la que brotan flores y poetas!
La que el jazmín y el azahar perfuman,
La que el Guadalquivir amante riega.

Duerme en paz, que tus árabes señores
Acrecen tu poder y tu belleza,
Y en tí nacen los ínclitos guerreros,
Y en tí brillan las artes y las ciencias.

Córdoba fué de ilustracion emporio
Por los años que alcanza mi leyenda,
Y bajo el mando de Alhakén florece,
Que á Abderrahmán su padre sucediera.

Es Alhakén un príncipe bizarro
Al que protege bonancible estrella,
A quien los astros bienhechores guían,
A quien fortuna su favor dispensa.

Y á tranquilos placeres se entregaba
Cuando luce sus galas primavera,
En el alcázar que en la sierra altiva
Cual pabellon fantástico se asienta.

Medina-Az-Zahra nómbrase el palacio,
Y á Abderrahmán le debe su belleza,
A Abderrahmán que levantó sus muros
Porque delicia de su esclava fuera.

De aquella flor que perfumó su vida; (1)
Que entre las redes de sus ojos, presa
El alma grande del Califa tuvo;
Que esclavo suyo á su señor hiciera.

¡Cuántos recuerdos tu existencia envuelve!
¡Ni aun tus ruinas por azar nos quedan!...
Pasó ya el tiempo destruyendo impío
Tus mármoles, tus fuentes, tus florestas!...

Blanca lucía en el cenit la luna;
Era una noche límpida y serena,
Una noche feliz y trasparente
Cual en sus sueños fingela el poeta.

La brisa errante, de Medina-Az-Zahra
Los bosquecillos de naranjos besa;
Y suspiran los céfiros graciosos
En los grupos que forman las palmeras.

En las acacias olorosas brillan
Los tibios rayos de la luna bella;
Deslízanse las fuentes bullidoras
Entre el almoradúx y las adelfas,

Y bajo verdes enramadas véñse
Lámparas de oro y alabastro y perlas,
Que en los estanques de azuladas ondas
Sus luces melancólicas reflejan.

En una selva de frondosos sáuces
Y por columnas sostenido esbeltas,
Elévase un templete á cuya planta
Ricos perfumes los esclavos quemán.

¿Es este acaso el misterioso asilo
Donde los sílfos invisibles vuelan,
Donde entonan sus lánguidas canciones
Al son del áura que las flores besa?

¡Oh, si!... los genios en tan grato albergue
 Dan al viento sus mágicas endechas,
 Que allí pasa Alhaken felices noches
 Entre sabios artistas y poetas.

Allí el príncipe ilustre recostado
 Sobre cogines pérsicos se encuentra,
 Y la flor de los árabes alimes (2)
 En festivo cortejo le rodea.

Los plácidos cantores cordobeses
 Gratos exhalan sus sentidas quejas,
 Y su señor gozoso los escucha
 Mientras vierten sus luces las estrellas.

Mas entre todos por sus negros ojos,
 Por su oriental y varonil belleza,
 Descuella un joven que al Califa ilustre
 Es presentado por la vez primera.

En el destello de su audaz mirada,
 El numen brilla que su mente encierra;
Aben-Amar se nombra, y del las musas
 El hijo predilecto pareciera.

Llegó su vez al inspirado vate,
 Y una balada recitó mas tierna,
 Que los suspiros de nevado cisne,
 Que los murmullos de la fuente amena.

Calló á su acento el ruiseñor doliente
Y calló el áura que en los bosques juega;
Y los insectos del jardin callaron,
Á la voz encantada del poeta.

El príncipe Alhakén que noble y docto
Tambien cultiva la divina ciencia,
Tiende su mano bondadoso al jóven
Y en su habla oriental, así se espresa:

—«Benigno Alláh por su piedad me ofrece
Tan gran tesoro; de mi alcázar cerca,
Digno cantor á quien el cielo inspira,
Estancia tienes, porque siempre pueda

Gustar la miel que de tus labios brota;
La armonía sentir de tus endechas;
Y así de Alláh la gracia te acompañe,
Y así siempre los hados te protejan.»

Tal el Califa dijo, y el mancebo
Dobló gozoso la rodilla en tierra,
Mientras se pierden en el bosque umbrío
Los dulces cantos y las brisas frescas.

Alzaba el sol naciente
Su rubia cabellera;
El ave en la pradera
Lanzaba su cancion;
De Mayo una mañana
Brillante aparecia,
Su caliz entreabria
La purpurina flor.

HALEWA.

Alzaba el sol naciente
Su rubia cabellera;
El ave en la pradera
Lanzaba su cancion;
De Mayo una mañana
Brillante aparecia,
Su caliz entreabria
La purpurina flor.

Del sueño entre los brazos
Aun Córdoba se hallaba;
Tranquila reposaba
La mágica ciudad:
Y el sol entre la bruma
Doraba sus pensiles,
Y de sus torres miles
La artística beldad.



JUNTA DE ANDALUCIA

DE CULTURA

ental de la Alhambra y Generalife

Del Bétis á la orilla
Elévanse graciosos,
Los huertos deliciosos
De *Beni-Merudn*; (3)
Y á quesos perfumados
Bellísimos jardines,
Las parras y jazmines
Su grata sombra dán.

Allí y en la ribera
De un arroyuelo blando.
Que besa susurrando
El céfiro sutil,
Sobre el mullido cesped.
Y bajo la enramada,
Yacia reclinada
Una celeste huri.

Son sus mejillas bellas
Envidia de la rosa;
Blanca su frente hermosa
Cual la azucena es;
Por ojos dos luceros
Dios á la mora diera,
Su negra cabellera.
Es de las almas red.



Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSERVATORIA DE CULTURA

Los cánticos escucha
de las graciosas aves,
Las músicas suaves
Del éuro bullidor.
Y sobre su alba frente,
Del limpio sol de Mayo,
Recibe el primer rayo
De fúlgido esplendor.

En esa misma hora
Y en ese mismo día
En que es todo alegría,
Todo contento es,
Galan apuesto baja
Por áspero sendero,
Y rige el caballero
Un potro cordobés.

Y vaga por el valle,
Y al fin su paso incierto
Al encantado huerto
Guió de Meruán.
Esbelta es su figura,
Del génio á los destellos
Brillan sus ojos bellos;
El es, Aben-Amar.

El es; el cantor dulce,
El lánguido poeta,
Él, cuya mente inquieta
Admira la creacion;
Y la belleza admira
De la mañana pura,
Y siente de ventura
Latir su corazon.

El manso Betis pasa,
De su corcel descien­de,
Una mirada estiende
El jóven con afan:
De inspiracion radiaba
Su rostro de ardor lleno,
Y en el pensil ameno
Entró de Meruán.

El bosquecillo cruza
Do un arroyuelo gira;
El áura allí suspira
Suavísima cancion:
Y absorto se detiene
Al ver á la hermosura,
Que hada celeste y pura
Su mente la creyó.



JUNTA DE ANDALUCIA

Conservatorio de la Alhambra y Generalife
CONSERVATORIO DE CULTURA

—«Bellísima Sultana,
Señora de las flores,
Hurí de los amores,
(Esclama Aben-Amar.)
¿Eres quizás un sueño
Que fingese mi mente,
Lucero refulgente
Ó sílfide inmortal?

¿Eres quizá una hada
Que baja placentera
Á ser de la pradera
El génio bienhechor?
¿Tú das á estos pensiles
La esencia que embriaga?
Eres graciosa maga
Ó espíritu de amor?

—«¡Oh, jóven! tú deliras;
Esclava triste soy,
Que aquí llorando estoy
Mi grata libertad:
Cuando amanece y cantan
Las aves amorosas,
Con lágrimas las rosas
Consuélame regar.»

—«¿Serás acaso, dime
De las que ya penaron?
¿De las que ya probaron
La acibar del dolor?»
—«Por mi desdicha.»—¿Y nunca
La fuerza de tu estrella
Templó Sultana bella
El ángel del amor?»

—«Nunca.»—«¿Gentil señora!
Eres cual noche amena
Que alumbra luna llena
Hermosa, divinal:
Como la estrella eres
Que anuncia el alba amante,
Cual la ilusión brillante
Que fingese el mortal.

Mas dime garza pura
El nombre que te dieron;
¿Qué nombre te pusieron,
Flor cándida al nacer?
Dilo, y por el Profeta
Te juro ángel hermoso,
Que tierno y amoroso
Tu nombre guardaré.



JUNTA DE ANDALUCÍA

—«*Halewa* me nombraron.»

—«¡Oh hija de las hadas!

Con venturosas *fadas* (4)

Te dieron nombre tal!

¡*Halewa*, en el retiro

Donde tu pecho llora,

Acuérdate en buen hora

Del triste Aben-Amar!

—«¿Aben-Amar digiste?

¡Oh!... gracias al profeta!...

Con que eres el poeta

Del estro seductor

Á quien las gracias aman,

Á cuyo grato acento

Su voz acalla el viento,

Su canto el ruiseñor...

«Tus trovas son mas dulces

Que sus sentidas quejas,

Más que es de las abejas

Dulcísimo el panal;

Más que la brisa gratas...

—«¡Sultana de las flores!...»

—«¡Cantor de los amores!...»

—«¡Doncella angelical!...»

—«Adios, *rawi* sublime
 Adios, que el día avanza.»
 —«¿Te vas, ¡oh! mi esperanza?
 ¿Tan pronto para mí
 Se oculta el sol que nace?
 ¿Mañana cuando el día
 Rompa la niebla umbria
 Puedo esperarte?»—«Sí.»

Dijo la esclava hermosa;
 Con su flotante velo
 Cubrió la faz de cielo,
 Del bosque se alejó.
 Y el árabe poeta
 Con su beldad soñando
 Y ¡Halewa!... suspirando,
 A Az-Zahra se tornó.

Y todas las mañanas
 Cuando en el limpio Oriente
 Se mira al sol saliente
 Su disco levantar,
 En grato bosquecillo
 Del agua á los rumores,
 Á Halewa sus dolores
 Confiesa Aben-Amar.



Patrimonio de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Las horas se pasaban
En pláticas suaves,
Aun mas que de las aves
La matinal canción;
El sol les sorprendia
Bajo la selva undosa,
¡Mas ay! que de la hermosa
Aun gime el corazon!...

—«¿Qué lloras, alma mia?

Aben-Amar decia:

¿Del valle los encantos

Contento no te dán?

En torno tuyo gira

La mariposa errante...

—Sí, respondió la amante;

¡Que tiene libertad!...»

«La alegre mariposa,
Los lípidos raudales,
Las águilas caudales,
Libres, dichosos son:
¡Yo en tanto gimo esclava!
¡Esclava!... ¿como quíeres
Que goce sus placeres
Mi pobre corazon?»

—«¡Oh! díjole el poeta,
Luz de la vida mía!
Saldré de Andalucía
Mañana, y por Alláh
Que cuando á pisar vuelva
La tierra que hora piso,
Hurí del paraíso
La libertad tendrás.»

—«Aben-Amar, tu partes;
Bajo esta palma airosa
Ya nunca venturosa
Tu voz escucharé!»
«¡Ah no! gacela pura,
¡Ah, no! que enamorado,
A este jardín amado
Ansioso tornaré.»

—«La dicha te acompañe.»
—«Protéjate el destino.»
—«Adios, vate divino.»
—«Hermosa silfe, adios.»
Y cuando se apartaron,
Amantes se miraban,
Y tiernos se juraban
Su férvida pasión.



JUNTA DE ANDALUCÍA

— «¡Oh! dijo el poeta,
 Luz de la vida mía
 Salía de Andalucía
 Marchaba y por allá
 Que cuando éstas vivas
 La tierra me dio paso
 Me dio el camino
 Me dio el corazón»

III.

FLORES MARCHITAS.

CONSEJERÍA DE CULTURA

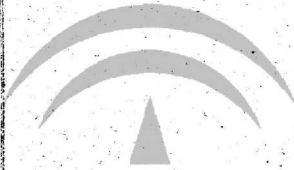


JUNTA DE ANDALUCÍA

- Parte Amar, pues que gozaba
 La gracia del Rey, y así,
 Un mensaje le entregaba
 Que el buen poeta llevaba—
 De Zaragoza al Wali.

En una mañana hermosa
 El inspirado cantor,
 Por la pradera graciosa
 Do crece la fresca rosa,
 Marchaba soñando amor.

Azul marlota vestia
Con cabos de plata y oro;
Banda azul tambien lucia,
Que ese color preferia
La bella dama del moro.



Partió; los dias pasaron;
Tres veces creció la luna,
Y los lirios se agostaron
Que los jardines ornaron
De Córdoba la moruna.

Y ya sus hojas caian,
Y con las brisas ligeras
De Setiembre se perdian,
Que entre las ramas gemian
De las árabes palmeras.

Es un día transparente;
Ni una nube el cielo empaña,
Y por la orilla riente
Que con su mansa corriente
El Bétis tranquilo baña,

Doncel gallardo se mira
Sobre un potro galopar,
Y enamorado delira,
Pues de entusiasmo suspira
Su Córdoba al divisar.

En alas de su esperanza
El buen caballero vuela,
Que ya por la vega avanza,
Y un huerto querido alcanza
Al cual arribar anhela.

—«Llegué; gracias suerte mía;»
Dijo; y con ardiente afán
La ancha ribera seguía
Y en la arboleda sombría
Penetra de Meruán.

De laberintos amenos
Cruza la verde espesura
Y sus arroyos serenos,
Y aquellos pensiles llenos
De recuerdos de ventura.

¡Mas, ay! que una flor buscaba
Más que sus hermanas bella;
Entre los bosques vagaba,
Pero en ellos no encontraba
La mágica flor aquella.

Él es; el vate dichoso;
El poeta Aben-Amar,
Que torna á su patria ansioso,
Pensando en el valle umbroso
La hermosa Halewa encontrar.

Allí prometióle un día
Que rendido tornaría
En alas de su pasión;
Y al ángel de su ilusión
En el bosque no veía.

—«Alláh-Akbar! ¿cual estas flores
(Dijo el triste Aben-Amar)
Que ya ruedan sin colores,
Para Halewa mis amores
Habrán podido pasar?»

Y siempre al rayar el día,
 A los vergeles bajaba
 Do hallar á Halewa creia;
 Mas siempre triste subia,
 Que nunca á Halewa encontraba.

¡Ay! los hados lo quisieron!
 ¡Fué vano tu amante afan!
 ¡Tus esperanzas murieron,
 Y ya su encanto perdieron
 Los bosques de Meruán!...



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

¿Qué sirve al que contempla
 Marchita su esperanza;
 Ni fúlgidos palacios
 Ni gloria ambicionada?
 ¿Qué sirve á sus pesares
 Del príncipe la gracia,
 Ni juegos ni festines
 Ni músicas ni zambras,

¡Ay! si cambiar no pueden
Lo que el destino manda!
¡Lo que en su libro eterno
Escrito ¡oh Dios, estaba!

Por eso entre las selvas,
Y del vergel de Az-Zahra
Bajo las místicas hojas,
Triste el poeta vaga.

En vano del Califa
Gozó la confianza,

En vano le celebran

Cual hijo de la fama;

Que él solo entre laureles

Y entre orientales palmas,

CONSEJERA DE PECHO

En cánticos exhala:

Y vé rodar las hojas

Que suspirando arrancan

De los desnudos troncos.

Las otoñales áuras.

Cual esas ramas yertas,

Las ilusiones gratas

Cayendo ya, marchito

Su corazón dejaran.

El viento proceloso

También para él soplara;

Sin paz está su pecho,

Los árboles sin galas!...



JUNTA DE ANDALUCÍA

Por eso el buen poeta,
Por eso triste vaga,
Con lágrimas los ojos
Sin dichas en el alma...

Venid divinos génius;
Llegad ondinas blancas;
Volved á vuestro hijo .
Su bendecida calma;
Sueños prestadle gratos,
Y que otra vez lozana
Florezca allá en su pecho
La flor de la esperanza.

IV.

LA ESCLAVA DE ABU-ALY.

Oscura está la perezosa tarde;
Tristes gimen las fuentes y las brisas,
Y dora el sol entre apiñadas nubes
De la sierra la cúspide florida.

Y ya el *Muezzin* á la oracion convoca (5)
Desde la torre de la gran mezquita,
Y al murmullo del agua y de las aves
La ciudad de los sabios se adormia.

(En un alcázar de) Córdoba opulento
En una estancia perfumada y rica,
Que damasquinas telas embellecen
Y recaman pintadas alcatifas,

Reclinada sobre árabes cogines
Reposa una muger, hada divina,
Y dos lágrimas ruedan de sus ojos
Que surcaran sus pálidas mejillas.

Brocado y perlas su beldad realzan,
Pero la triste con dolor suspira;
Y es su talle flexible como el junco
Que del Zúja guarnece las orillas.

Asi el tiempo pasaba silencioso;
Sus crespones las sombras estendian,
Y lloraba la cándida hermosura
En sus grátas memorias embebida.

Mas el tapiz alzóse de la estancia,
Y un hombre apareció de faz sombría,
Que contempla estasiado á la belleza
Mientras vaga en su lábio la sonrisa.

A ella se acerca con andar pausado,
Y en sí volviendo la doncella altiva,
Alza los ojos, pero el llanto anubla
El brillo seductor de sus pupilas.

—«¿Por qué tiembas? (esclama el caballero)
—¡Oh deja por piedad que el alma mía
Repúsole la hermosa, sufra á solas
Con su acerbo dolor y con sus cuitas...»

—«Por mi linaje, con verdad te juro
Que triste al contemplarte y abatida,
No alcanza á comprender mi pensamiento
El extraño pesar que te domina.

«¿No tienes siervos que tus gustos sirvèn?
¿No tienes ámbar en tu estancia rica?
¿No tienes perlas para ornar tu frente?
¿No tienes á tus piés el alma mía?

«Señora, que no esclava, en mi palacio,
Ante tí, doblan todos la rodilla,
Todos te adoran como á hurí del cielo; Y
Todos tu gracia, con placer admiran.

«¿Así gozabas de tu dueño antiguo
En la morada misera y mezquina?
Por el profeta, que al venderte, acaso
En muy poco, mi bien, te estimaria.»

Alzó la jóven la gentil cabeza,
Y en la del moro su mirada fija,
Prorrumpió suspirando:—«¿Qué me valen
Siervos, ni joyas que en mí frente brillan,

Si hadó terrible por mi mal me cupo;
 Si mala estrella mi destino guia;
 ¡Ay santo Alláh! si entré cadenas de oro
 Miro infeliz, mi libertad perdida?»

—«Pues si la quieres, sin igual esclava,
 Corresponde á mi amor; una sonrisa
 Concédanme tus labios seductorès
 Que son, hermosa, del clavel envidia.»

—«Imposible, señor; ¿por qué si tienes
 Allá en tu harem las que tu amor ansian
 No me dejas llorar con mis pesares,
 No me dejas llorar con mis desdichas?

—«Porque eres tú la que soñó mi mente;
 Porque eres tú la que adorar podria;
 Porque mi ruego con desden escuchas;
 Porque mi orgullo y mi poder humillas.»

—«¡Ah! potente Cadhi; tan solo orgullo, (6)
 Orgullo insano tu pasión respira;
 Nunca por él alcanzarás cual piensas
 El pobre amor de tu infeliz cautiva.»

—«Halewa; ya ha dos lunas que tu dueño
 Quizás por su pobreza ó su avaricia
 Te vendió á mí; ¿recuerdas?—«Nunca olvido
 Aquel infausto y desdichado dia.»

—«El servicio dejaste de un anciano
Por el palacio del Cadhí do brillas;
De Abú-Ali el poderoso donde eres.
El encanto de todos y la envidia.

«Zambras, vergeles, te ofrecí rendido;
Mas que eso; mis amores te ofrecia,
Y tú fiestas y amores despreciando
Oculta siempre, sin cesar suspiras.

¡Walah! ¿qué es lo que anhelas? qué ambicionas?
Cuanto sueñe tu loca fantasía,
Cuanto de hermoso sobre el mundo existe
No te he rogado por mi amor que pidas?

—«Cierto; mas si en tus frases confiada
Solo una gracia demandé sencilla,
Altanero Cadhí me la negaste,
Mi consuelo arrancándome y mi dicha.

—«Porque vagar pediste solitaria
De Meruán en la arboleda umbria
Cuando despunta el sol: ¿no tienes, dime,
Bellos jardines en tu estancia misma?

Se ahogó la voz de Halewa en la garganta;
Bajó la frente de pesar transida,
Y una lágrima triste de sus ojos
Bañó por un recuerdo su megilla.

—«¡Siempre llorando!» su señor prosigue;
«¿Es quizás que otro amor tu pecho anida?
Si fuese por tu mal, si fuese acaso,
¡Oh! esclava! teme la venganza mia!...

«Pues por las *Suras* del korán bendito (7)
Te juro Halewa, y por mi fama limpia,
Que lo que el ruego y el amor no alcanzan
Ha de alcanzarlo la altivéz que humillas.»

Calló el Cadhi que de coraje tiembla;
Calló tambien la desolada niña,
Y aquel silencio interrumpian solo,
Del fresco otoño las errantes brisas.

Un esclavo en los arcos aparece,
Y á su señor anuncia la venida
Del noble Aben-Amar, que lejos parte,
Y despedirse de su amigo ansía.

Detiéndose el Cadhí que á grandes pasos
Mide el salon; Halewa peregrina,
Un grito ahogó de gozo y de sorpresa,
Y Abu-Aly receloso se retira.

Ya apenas sus pisadas se perciben
En las largas y estrechas galerias,
Y entonces Halewa, la infeliz Halewa
En cuyos ojos la ventura brilla,

Cuyo blanco semblante se colora
Y cuyo seno con placer palpita,
Corre ligera el ajiméz de jaspe, (8)
Y de las flores que su esbelta ogiva

Bellas adornan, de pavor temblando
Un ramillete rápida combina;
Un ramillete, do atrevida cuenta
Las amarguras que su pecho anida.

Su enamorado corazon ardiente
Temor, anhelo y esperanza agitan;
Y ya á su amante con afan aguarda,
Descorriendo la doble celosia.

Un instante despues, cruzó el poeta
Sobre un bravo alazan, y la cautiva
El ramillete le arrojó clamando:

—«Aquese ramo Aben-Amar descifra.»

—«Halewa! Santo Alláh! gritó el mancebo:
Al fin me vuelves mi ilusión perdida...
-«¡Silencio!»-»¡Halewa!»-«Por piedad, silencio...
Que así lo quiere nuestra suerte impía...»

Besó el poeta las fragantes flores:
Y la hermosa cayendo de rodillas,
Alzó al cielo los ojos do brillaba
Un rayo de consuelo y alegría.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

V.

LA CANCIÓN DEL POETA.

—«Llegad, mis trovadores;

Llegad poetas de la pátria orgullo;

Vuestros himnos alzáad arrobadores

Dulces como la leche de camellas;

Tiernos, cual de la tórtola el arrullo;

Vagos, como la luz de las estrellas.

Llegad hijos de génius y de hadas;

Y al compás de la guzla sonora

Cantad bellas baladas,

Pues que son vuestros versos deliciosos

Mas blandos, mas suaves,

Que el murmullo del viento;

Que de las áuras el sentido acento.

Venid, y escuchareis
 La cántiga divina,
 Endecha peregrina
 Que Aben-Amar ha escrito con el alma,
 A la hermosura que robó su calma.»
 Tal el Califa con placer decia
 A los doctos, cantores y poetas
 Que de su trono alrededor unia,
 Una noche en que todo reposara,
 En los jardines de Medina-Az-Zahra.
 Y Aben-Amar su voz obedeciendo,
 Leyó así entre los sabios y las flores,
 Esta cancion al bien de sus amores.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA
 CANCION.

¡Lirio brillante de Andalucía
 Que dás perfumes al alma mia,
 Como los nardos á su pensil!
 ¡Ave del cielo!
 Si presa lloras, tiende tu vuelo,
 Mi alma es tu nido garza gentil.

Eres mas bella que noche en calma;
Mas grata eres al pecho mio,
Que á errante tribu sombra de palma;
Que á seco oasis puro rocío.

Mas que el umbrío
Bosque gracioso,
Al amoroso
Fiel ruseñor;
Que de lás hojas
Que mece el viento,
El soñoliento
Leve rumor.
Tímida rosa,

Tú eres la gloria del alma mia;

¡Sífide hermosa!

Tú eres la estrella de Andalucía.

Son de paloma tus garzos ojos,
Que envidia dieran á las huries;
Y tus megillas y lábios rojos
Del valle eclipsan los alelies.

Cuando sonries,
Graciosas brillan
Perlas que humillan
Las de la mar;

De celos muere
Canora ave
Tu voz suave
Al escuchar.
Tu mi consuelo,
Juncia ligera, flor del Abril!
Si presa lloras tiende tu vuelo:
Mi alma es tu nido, gárza gentil.»

—«En verdad que muy bella
Ser debe la doncella
Por quien tu pecho con amor suspira;
Cuya beldad te inspira.»
Dijo Alhaken, y respondió el poeta:
—«Bella es Señor, como la luna hermosa,
Que en las aguas rielando silenciosa
Desde el cenit fulgura;
Cual blanca mariposa;
Como ensueño de mágica ventura.


Algunas horas plácidas pasaron;
Y al descender las pléyades lucientes,
Los árabes alimes se alejaron
Por los bosques amenos
De sus *kasidas* orientales llenos.
Partieron ya: con su Señor á solas
Aben-Amar hallose,
Y al murmullo suave de las olas
Diálogo tal, entre ambos entablóse:
—«¿Quién es el dueño de tu tierna esclava?»
—«Abu-Aly el poderoso.»
—«¿El Cadhí?»—«Si, señor.»—«¿Y su orgulloso
Altivo poseedor la vendería?»
—«Tal fuera un tiempo la esperanza mia;
La esperanza que huyó con mi reposo.»
—«Adios pues, el poeta.»
—«Él, alto *Imán* te guarde.»
—«Dirija tus acciones el profeta.»

Y cuando solo el príncipe quedóse,
En sus ojos brillando la alegría
De este modo espresóse:
—«Esclava bella, conocerte anhelo:
Tu hermosura trocara por el cielo.»

VI.

EL CALIFA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



UNTA DE ANDALUCÍA

En un camarín de Az-Zahra
Que adornan tapices régios,
Recostado sobre muelles
Almohadones arabescos,
Está Alhakén pensativo
Y ante él un esclavo negro,
Sus órdenes aguardando
Con silencioso respeto.
—«Ya sabes Hacen; mañana
(El Rey dijo:) cuando el pueblo
A la grande *Aljama* acuda
Y Abu-Aly también, yo quiero

Una llave que abrir pueda
De su esclava el aposento.
Corre pues á su palacio;
Gana con oro sus siervos,
Que cumplida recompensa
Por tu audacia te prometo.»
Veloz partióse el esclavo,
A la ciudad bajó presto,
Y alegre quedó el monarca
Con sus gratos pensamientos.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Era el siguiente día;
En pabellon lujoso
Sobre *alhamí* gracioso (9)
Tristísima se vé,
A la infeliz Halewa
Que llora sus dolores,
Y que con gayas flores
Jura su amante fé.

Y forma un ramillete
De nardos y azahares
Do cuenta sus pesares,
Su inolvidable amor.
Perdida en sus delirios,
Con ellos estasiada,
No oyó la desgraciada
De pasos el rumor.

No vé que un hombre admira
Su rostro peregrino,
Envuelto en damasquino
Riquísimo alquicel;
No vé que la contempla
Gozoso, enagenado:
Que en otro ser amado
Absorto está su ser.

—«Hurí del paraiso;
Bellisima doncella...
(Dijo llegando á ella,
Que te proteja Alláh.»
Sus ojos alzó entonces
La mora sin ventura,
Y un grito de pavura
Al ver al hombre dá.

—«¿Quién eres?» ella exclama:
 —«¿Quién soy? ¿saberlo quieres?»
 —«¿Qué anhelas? sí; ¿quién eres?»
 —«¿Conócesme? Alhaken...»
 —«¿Qué dices? ¡el Califa!...»
 Clamó su rostro viendo,
 Y trémula cayendo
 Del árabe á los piés.

—«Alza;» su rey le dijo;
 ¿Qué hiciste mi señora?
 ¡Oh! nunca en mala hora
 Te humilles ante mí.»
 —«Quizás, (temblando ella
 Cual gota de rocío,
 Contesta:)—«¿Al dueño mio
 Tú buscas? ¡á Abu-Aly?»

—«No: contemplar deseo
 Solo, gacela pura,
 Tu mágica hermosura,
 Tus gracias admirar.»
 —«¿Que piensas?... ¡desdichada!...»
 —«Ya en versos seductores
 Cantar oí tus loóres,
 Y tu beldad cantar.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJO DE CULTURA

«Y aunque las gratas rimas
 Que fieles te ensalzaron
 Las hadas inspiraron
 Y el génio del amor,
 Nunca pintar pudieron,
 (Mi pecho te lo jura,)
 Tu lánguida dulzura,
 Tu encanto arrobador.»

—¿«Qué escucho?»—«Que te amo:
 Que tu cariño imploro:
 Que tú inocencia adoro;
 Sultana mía, ven.
 Tendrás cuanto en su anhelo
 Tu gusto ambicionara;
 Ven, y serás la Zahra
 Del reino de Alhakén.»

«¿De esa muger divina
 No oiste contar la historia?
 ¿No sabes que fué gloria
 Del grande Abderrahmán,
 Que en su pasión profunda
 Por ella levantara
 Prodigios en Az-Zahra
 Que eternos vivirán?»

«¿Que edificó palacios
De mármoles cubiertos,
Y perfumados huertos
Para su bien plantó,
Mas bellos que los ricos
Alcázares de Oriente,
Mas bellos que la mente
Fantástica soñó?

«Deslizase el azogue
En finos alabastros,
Robándole á los astros
Su transparente luz;
Sus fuentes bullidoras,
Las almas adormecen,
Y plantas allí crecen
De singular virtud.

«Acacias y abedules
Sombreadan sus vergeles;
Palmeras y laureles
Se elevan por doquier.
En su ramaje cantan
Las aves sus amores,
Y aduértese en las flores
El génio del placer.



Comunidad de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

«Hay baños olorosos
Y altivos alminares;
Sus techos y pilares,
De estuco y oro son;
Y de ébano; labradas
Y de marfil cubiertas,
Están sus anchas puertas
Del orbe admiracion.

«De jaspe son sus arcos
Y límpidos cristales;
La luna allí á raudales
Vierte su tibia luz;
Y en cúpulas refleja
Cubiertas de arabescos,
Que esmaltan pintorescos
El rojo y el azul.

«Las bóvedas que silfos
Acaso levantaron,
Ligeras se apoyaron
Sobre columnas mil.
Porque trasunto sea
De la morada pura,
El sol de tu hermosura
Tan solo falta allí.»

—«¿Qué son, la esclava dijo,
Tus blancos camarines,
Tus bosques de jazmines,
Tus joyas, mi señor,
Si entre ellos inhumano
Me robas mis placeres,
Y si arrancarme quieres
A mi primer amor?»

—«Si más tu fantasía
¡Oh Halewa! deseara,
Sino es Medina-Az-Zahra
Aun grata para ti,
Yo alcázares más dignos
Gozoso te ofreciera,
Do fúlgida luciera
Mi celestial hurí.»

—«Señor, algun mal génio
Fatídico te inspira;
Sin duda que delira
Califa, tu razon...»
—«¿Delirio lo juzgaste?»
—«Delirios de tu alma!
Deja gozar en calma
A un pobre corazon!»